

*Arturo Oropeza García**

Latinoamérica y los Retos Económicos del Futuro

“Hemos aquí al borde de un nuevo ciclo de la modernidad que necesita refrendar su vieja promesa de construir, o imaginar, lo nuevo”.

Ugo Pipitone

Junto con Oswaldo Sunkel estimamos que de una Era de cambios estamos pasando a un cambio de Era; con toda la carga que esto conlleva. Que si bien por un lado su reconocimiento no nos da un saber práctico, por otro lado nos ubica en un nuevo comienzo que motiva a la generación de conceptos renovados e ideas nuevas. Nos aleja también del síndrome histórico de no acertar sobre el tiempo que vivimos; de igual modo que nos ayuda a fortalecer la capacidad para diagnosticar nuestros males y descubrir nuestras nuevas respuestas.

Vivimos un cambio de civilización que nos aparece por todas partes; en nuestra forma personal de vida, de nuestra familia, sociedad, país y región; del mundo que vivimos; del lugar que habitamos; de la forma en que pensamos, etc. Attali, por ejemplo, nos habla ya del tránsito de la novena forma de Imperio dominante que rige en la actualidad; la cual está mutando hacia su décima forma para el 2030, cuya terminación e inicio los ancla en el hecho de que para esa fecha la ley Moore (el potencial de duplicación de las capacidades de los microprocesadores cada dieciocho meses) habrá alcanzado su límite, lo cual limitará el incremento de las capacidades de almacenamiento de la información a través de microprocesadores, no sin antes dibujar el mundo económico-político posible de las próximas dos décadas y el resto del siglo XXI.¹

Por su parte, sobre el cambio de Era Pipitone denuncia que “estamos al borde de un nuevo ciclo de la modernidad que necesita refrendar su vieja promesa de construir, o imaginar, lo nuevo”; que “ha ocurrido una torcedura en el tiempo que obliga a incorporar variables inéditas a esquemas de vida tan sólidos como súbitamente insostenibles”.² Los Toffler incluso nos dan la bienvenida a esta nueva época señalando: “Bienvenidos, pues, al sistema global del siglo XXI,…” Aquí y

* Especialista en temas de Integración y Comercio Internacional. Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM

¹ Attali Jacques; *Breve historia del Futuro*; Paidós, 2007; p. 136.

² Pipitone Ugo; *El temblor interminable*; Cide; México; 2007; p. 203.

ahora somos testigos del intenso proceso de trisección que se halla en marcha, y que se evidencia, en el curso de nuestras vidas, con la aparición de una nueva civilización con unas necesidades diferentes para la supervivencia, su propia forma bélica característica y pronto, cabe esperar, una correspondiente forma de paz".³

Estos y otros autores empiezan a escribir el evangelio de una nueva época aun sin nombre, incluso aún sin discípulos, como sucede en todo cambio histórico, pero si América Latina aspira a algún lugar importante en el futuro, tendrá que pasar del proyecto y el discurso insuficiente a una propuesta más audaz e innovadora, la cual se enfoque a administrar de una manera más exitosa a una población de 569 millones de habitantes en el marco de una globalización desbocada.

En el mundo de hoy todo lo que sucede nos beneficia y nos afecta. Caminamos por una modernidad asfaltada por chips, ordenadores y satélites; al mismo tiempo que convivimos con zonas rurales de condiciones medievales. Tenemos sondas en Marte y en la Vía Láctea; mientras que en algunas regiones del planeta sigue habiendo gente que muere de hambre. Nos debatimos entre la urgente asimilación de lo nuevo, frente al desfase y la mala administración de lo pasado; como en el campo, donde el desplazamiento de la sociedad agrícola por la sociedad industrial en el siglo XVIII, rompió la mayoría de los cánones que habían prevalecido por más de siete mil años como una forma de vida y de generación de riqueza; donde aparece que el proceso de adaptación del campo a las ciudades ha sido un camino sinuoso en el que la transformación de campesinos en obreros, después de cerca de 250 años, no acaba de terminar; estimándose por la oficina de población de Naciones Unidas en su reporte de 2007 que más de la mitad de la población mundial actual vive en zonas urbanas, con el agravante de "que los servicios no están listos para recibirlos".⁴ De igual modo, cerca de un 40% de la población económicamente activa del mundo todavía permanece en el campo (ubicada principalmente en los países en vías de desarrollo), segmento donde se ubica una gran parte de la población mundial que vive en pobreza extrema (1,100 millones de personas, Goldin y Reinert, 2001), la cual se encuentra atrapada en una cápsula del tiempo donde los trabajadores del campo de ayer no han conseguido su boleto para ingresar a la sociedad urbana de hoy; de igual modo que tampoco encuentran su sustento económico en el medio rural.

No obstante lo anterior y a pesar de su desfase sectorial en plena Era de la globalización, la producción agropecuaria sigue regulada bajo un manto mercantilista, el cual ha provocado climas y criterios de aplicación diferentes que han incidido en los resultados de los países desarrollados y en vías de serlo; de igual modo que ha sido uno de los temas estructurales más importantes que han detenido la negociación comercial de Doha. Este tema, que se viene acumulando desde hace más de dos siglos, cada vez aparece más expuesto ante el corrimiento de velos mundiales que provoca la globalización, y desde luego, ante la inva-

³ Toffler Alvin y Heidi; *Las Guerras del Futuro*; Plaza & Janes; 1994; p. 348.

⁴ Friedman Thomas; *Hot, Flat and Crowded*; FSC; New York, 2008; p. 28.

sión de campesinos disfrazados de inmigrantes que están desbordando al mundo occidental.

Como otro ejemplo del desfase anterior podemos apreciar que en el sector industrial, del mercado previsible de intercambio de bienes a mediados de los ochentas que compartían alrededor de 2500 millones de personas en el mundo occidental; a través de los nuevos puentes tecnológicos y políticos éste se ha ampliado a los más de seis mil millones de seres en el planeta; lo cual ha ocasionado que al dividirse el mercado entre un número mayor de actores, se rompa el equilibrio del "orden" industrial anterior.

El logro más importante que resultó de la Gran Depresión, de los dos periodos de posguerra y los acuerdos de Bretton Woods, fue la aceptación por parte de los países occidentales y en consecuencia de los latinoamericanos, de incluir entre sus presupuestos de producción y exportación el costo de los derechos sociales; mismos que a través de sus diversas versiones generaron lo que se llamó "El Estado de Bienestar", el cual comenzó a implementarse de manera generalizada por occidente a partir de 1950.

Derivado de lo anterior, durante casi cuatro décadas creció de manera constante un mercado formal que reconocía derechos de jubilación, enfermedad general, maternidad, desempleo, incapacidad, etc.; lo cual contribuyó a la creación de un desarrollo más equitativo del mundo económico; pasado su colapso económico-social de la primera mitad del Siglo xx, del cual opinaba Keynes: "Los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos son su incapacidad para procurar la ocupación plena y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos".⁵

Hoy, ante la competencia de más actores económicos, en combinación con una pobreza mundial de aproximadamente 2,700 millones de personas (Golden, Reinert, 2006); de las cuales 185 millones se encuentran desempleadas en su versión más mesurada (Stiglitz) y 800 millones en su versión más amplia (Rifkin); las condiciones de 1929 empiezan a reproducirse y a disfrazarse de mercados y producciones "informales", las cuales no son otra cosa que la tolerancia de los abusos laborales a fin de satisfacer el apetito de "precios bajos" para una sociedad del consumo, lo cual, como ya se reveló a partir de 2008, se ha convertido en una trampa global donde todos pierden. Pierde el Estado de Bienestar ante la embestida de la flexibilización de las normas laborales, que exigen su rendición para ser "competitivas". Pierden los obreros y empleados del antiguo "orden" occidental, porque año con año ven desmoronarse sus prestaciones y sus sistemas de protección social, que tanto empresarios como gobiernos ya no pueden o no quieren pagarles. Pierden los obreros y empleados de los países de "low cost", porque son víctimas de una explotación que se creía ya rebasada, que les niega su mínima protección social. Pierde el libre mercado, porque en vez de colocar en el centro de la competencia al talento de los empresarios y obreros, a la

⁵ Keynes J. Maynard; *Teoría General de la Ocupación*, el interés y el dinero; FCE; 1ª reimpresión; 2006; p. 349.

tecnología y al flujo de capitales, vuelve a colocar el lucro desmedido como en 1929; de igual modo, pierde el orden y la sustentabilidad de un nuevo mundo global que vive colapsado ante el permanente incremento del desempleo y la precarización laboral.

Sumado a lo anterior, la feroz lucha por el mercado de bienes de hoy, hipoteca los recursos de mañana a través de la irracional utilización de los recursos naturales, mientras una OMC contempla abúlica y rebasada el caos que se produce en el sector de la producción de bienes industriales en la economía global; el cual exige nuevos planteamientos supranacionales, antes que el neoproteccionismo y la piratería llenen los huecos del desorden.

Así como a principios del siglo xx se vivió el movimiento telúrico provocado por el acoplamiento entre la placa agrícola y la placa industrial; del mismo modo en este inicio del siglo xxi se participa en la profundización de un sector de bienes de alta tecnología que está desplazando al sector industrial clásico como principal generador de la riqueza, lo cual al mismo tiempo está dando origen a una sociedad del conocimiento y a una nueva civilización.

De igual modo que el nacimiento del sector industrial cimbró al mundo agrícola de su tiempo; así el inicio de esta nueva sociedad del conocimiento está creando su propio caos, del cual también tendrá que salir su solución.

Es en este parteaguas iniciado a mediados del siglo pasado (del cual podemos fechar su origen de manera arbitraria en 1956, cuando los empleados y funcionarios en Estados Unidos superaron en número a los obreros del país (Toffler, 2006), donde la mayoría de los países está encontrando su mayor dificultad para orientar su rumbo. Por un lado, a lo largo de las últimas décadas los países desarrollados han estado acelerando su paso hacia la sociedad del conocimiento, retirándose poco a poco, voluntaria o forzosamente, de la manufactura e industria clásica; sin embargo, a diferencia del siglo anterior, la generación del empleo no ha sido proporcional entre la actividad que se adopta y la producción que se deja, debido a la naturaleza y necesidad de cada uno de los sectores. El traslado de obreros a campesinos no requería mayor sofisticación. El cambio de obreros a empleados del conocimiento exige en principio, por lo menos, una carrera técnica; al propio tiempo que cada una de las actividades en materia de generación de empleos es proporcionalmente inversa en razón de su propia naturaleza.

Este divorcio e incongruencia entre sectores forma parte del problema estructural de la economía mundial. En este desfase de sectores económicos; entre un sector agrícola mundial pauperizado, erosionado, alejado de una moderna regulación mundial; un sector industrial caótico, donde el árbitro mundial cierra los ojos a la explotación laboral y a la amenaza ecológica, negándose a brindar nuevas reglas sustentables para todos los jugadores; y el nacimiento de un nuevo sector y una civilización del conocimiento, que mientras se ajusta amenaza con concentrar más la riqueza y aumentar el desempleo, se centra en gran parte el desconcierto del mundo global de nuestro tiempo, el cual se niega, como en el pasado, a enfrentarlo y a resolverlo. Mientras esto sucede, es más fácil echarle toda la culpa de la crisis económica mundial a los

quebrantos financieros e hipotecarios, esperando que esto pueda dar solución al desorden.

Dice Attali sobre el capitalismo que “Quienes hayan anunciado sus funerales habrán perdido el tiempo, una vez más”,⁶ con lo cual estaríamos de acuerdo, sobre todo si como hemos coincidido con Octavio Paz, el capitalismo “no depende de la voluntad de esta o aquella nación, sino de la expansión de la economía mundial...” “...ya que es un fenómeno universal...”, “...una fase de un proceso que comenzó hace siglos.”⁷ Pero si bien lo anterior es cierto, también lo es que éste ha venido presentando diversos cambios y nombres a lo largo de los últimos tiempos.

Ante la crisis iniciada en 2008-2009 se presentó un debate mundial sobre la vigencia del neoliberalismo, al igual que sucedió con el mercantilismo en 1750 y con el libre mercado durante la Gran Depresión de 1929. Thomas Friedman desde hace algunos años se preguntaba de si “¿debía seguir creyendo en el mercado libre una vez instaurado el mundo plano?”.⁸ Otros autores hablaban sobre si era ¿la última cena del capitalismo?; agregando que el liberalismo financiero irresponsable había llegado a su fin (Letras libres, mayo de 2009).

A lo ancho del mundo se desgranaron las reflexiones sobre la profundidad de la crisis, y por algún momento, en lo más álgido de la caída general, se abrieron las reflexiones sobre el papel del Estado y del Mercado dentro del molde neoliberal.

A medida que los pronósticos han ido mejorando para 2010, con un posible crecimiento del 4 % mundial, la profundidad de los análisis se han ido acotando, alejándose del fondo del problema y olvidándose que la expresión 2008-2010 de una economía enferma, sólo ha sido un aviso más dentro de la ya larga cadena de crisis que con diferente intensidad han estado avisando desde fines de los setentas de que algo no anda bien en la economía del mundo.

Desde que Bretton Woods tuvo su quiebre a mitad de la década de los setentas, los acumulamientos de lava se han ido sedimentando cada vez en mayor volumen, avisando a través de sus erupciones económicas de la necesidad de actualizar los esquemas globales, tanto de sus instituciones como de su normativa.

A partir de 1929 el capitalismo de Laissez Faire no podía funcionar más; de igual modo que una nueva etapa de libre mercado (neoliberalismo), no podía dejar de tomar en cuenta para su propia sustentabilidad la inclusión de las nuevas prestaciones sociales hacia la base trabajadora.

El neoliberalismo, más allá de las críticas que puedan hacersele, tuvo la virtud de reconocer en sus costos a los derechos sociales a partir de 1950. Sobre lo anterior subraya Frieden: “La combinación del Estado de Bienestar con el orden de Bretton Woods parecía mostrar que los liberales clásicos, fascistas y comunistas estaban todos ellos igualmente equivocados, las sociedades industriales mo-

⁶ Attali Jacques; *Ob. Cit.*; p. 151.

⁷ Paz Octavio; *Itinerario*; Fondo de Cultura Económica; 1998; p.184.

⁸ Friedman Thomas; *La tierra es plana*; *Ob. Cit.*; p. 239.

dernas podrían comprometerse simultáneamente con las políticas sociales generosas, con el capitalismo de mercado, y con la integración económica global".⁹

En este sentido, el neoliberalismo de hoy no da más, tanto porque lo han rebasado los hechos, como porque su plataforma de acuerdo supranacional, como se ha denunciado desde hace tiempo, ha dejado de ser un instrumento confiable de navegación económica del mundo. De igual modo, porque sus grandes aciertos del siglo xx están siendo revertidos por una globalización de sectores económicos mal administrada, que está arrastrando a las economías a la sobrevivencia individual, en perjuicio del orden multilateral, otro de los éxitos de posguerra. De igual modo se ha olvidado que el camino económico que sigue, cualesquiera que este sea, tendrá que delinearse de acuerdo a la naturaleza que impone la propia globalización, que es la articulación de regiones en un nuevo marco supranacional. Este camino, como sabemos ya ha comenzado y es inevitable; únicamente falta que los líderes políticos de los países más comprometidos no requieran de 100 millones de muertos (Primera y Segunda Guerras Mundiales) o veinte años de incertidumbre económica como en 1929 para administrar su llegada.

Para todos los países de América Latina, como naciones de una región inacabada y llena de retos globales, en la tarea de la construcción de su nueva agenda del Siglo XXI, tanto nacional como regional, resultará fundamental que en las acciones económicas, políticas y sociales a emprender, tomen en cuenta los cambios estructurales del nuevo ciclo que comienza.

Asistimos a una época significada por el fin de las certezas y el cambio de paradigmas. Al reacomodo de los nuevos centros geopolíticos; al debilitamiento de los hegemones del siglo xx y el surgimiento de nuevos actores económicos que estarán determinando las nuevas relaciones internacionales del siglo XXI.

Somos testigos del desmantelamiento y recambio del orden que teníamos establecido.

En este marco de profundas transformaciones que sólo pueden resumirse en un cambio de Era; en el inicio de una nueva civilización, es donde surge la mejor oportunidad para una región que cuenta con importantes recursos humanos y naturales, los cuales están en espera de una generación comprometida que esté decidida a aprovecharlos.

⁹ Frieden A. Jeffrey; *Ob. Cit.*; p. 395.